



Más jóvenes en la educación superior, ¿mayores esperanzas de igualdad social? : una reflexión sobre las aspiraciones de futuro de los estudiantes secundarios chilenos

Leandro Sepúlveda V.

Investigador CIDE

Académico Universidad Alberto Hurtado

Una revisión somera de las estadísticas de la educación superior en los últimos años, permite constatar la magnitud de las transformaciones que está experimentando nuestra sociedad y su efecto innegable en la reelaboración de sentidos colectivos y nuevas demandas de actores diversos.

Las cifras son evidentes: en las últimas dos décadas, la matrícula bruta de jóvenes entre 18 y 24 años cursando alguna carrera de educación superior se ha triplicado, alcanzando en la actualidad a casi el 50% de la población en este tramo de edad, lo que representa una cifra que supera el millón de personas.

Este proceso de masificación de la educación superior no solo da cuenta de un cambio generacional relevante (en la actualidad 7 de cada 10 estudiantes ha superado el nivel educacional de sus padres) sino que también expresa la incorporación creciente de jóvenes de menores ingresos a un sistema que, hasta hace poco, estaba destinado a un segmento reducido de nuestra sociedad. De acuerdo a los antecedentes de la encuesta CASEN, entre 1990 y el año 2009, la participación de los quintiles más pobres de la población ha aumentado en más de tres veces, pasando de una representación de un 3,7% a un 16,9% en el primer quintil de ingresos y de un 6,6% a un 21,4% en el segundo; en el futuro, se prevé una expansión del sistema a partir de la incorporación fundamentalmente de jóvenes de los estratos más pobres, ratificando la transformación de un modelo hasta hace poco reservado a una élite.

Por cierto, este fuerte incremento de la participación en la educación superior sólo ha sido posible en el marco de una expansión sostenida del *mercado educacional* chileno. La gran transformación de estas décadas ha sido liderada por la oferta del sector privado de la educación superior, que concentra en la actualidad más del 75% del total de la matrícula.

Desde un punto de vista socio-cultural esta demanda refleja el incremento de las aspiraciones de la sociedad en su conjunto y la emergencia, como nunca antes en nuestra historia, de una *generación ambiciosa* que tiende a postergar el ingreso al mundo laboral y que reconoce en las *credenciales educativas* un requisito fundamental para su inserción en el mundo adulto. Con igual fuerza, el tiempo presente, plagado de incertidumbres e



incertezas, encuentra en el valor de la educación una orientación de sentido que moviliza los mayores esfuerzos de las personas. Al respecto, solo un ejemplo; en la reciente encuesta nacional del Instituto de Investigación en Ciencias Sociales de la Universidad Diego Portales¹ un 78% de los encuestados manifestaba su acuerdo con la frase “alguien que nace de una familia pobre, perfectamente puede prosperar en la vida”; un porcentaje similar de encuestados señaló que la “falta de educación” es el principal factor que influye para que una persona sea pobre en nuestro país. En la novena encuesta a los actores educativos del CIDE-UAH, predomina un reconocimiento a la educación como un valor fundamental y un mecanismo clave de ascenso social. Más del 60% de los jóvenes estudiantes encuestados señala que el factor más importante para encontrar un buen trabajo es la educación recibida, y solo el 9% señala que, en este caso, es más importante el origen social y las redes de que disponen las personas².

Mayor demanda e incremento de la presencia de jóvenes de todos los niveles socio-económicos en la educación superior; reconocimiento generalizado de la educación como un valor fundamental y un mecanismo de ascenso social a partir del esfuerzo y la dedicación individual. Lo anterior constituye, sin duda, signos alentadores acerca de la predisposición y orientación a la acción de los sujetos en el marco de las fuertes transformaciones que experimenta nuestra sociedad.

Sin embargo, en este contexto también se evidencian tensiones que obligan a una reflexión más profunda acerca de los cambios verificados y las consecuencias de futuro que estos conllevan. Las concepciones dominantes acerca del tipo de aspiraciones deseables no solo implica la instalación de modelos normativos sobre el valor y legitimidad de ciertas trayectorias educativas (que resulte deseable cursar estudios universitarios por sobre aquellos de nivel técnico, por ejemplo), sino que también, obliga a reflexionar acerca del marco institucional que da curso a esta demanda social, e interroga acerca de la posibilidad de construir proyectos estables de justicia social en este nuevo escenario (esto es, interrogarse acerca de la validez de la actual estructura de la oferta educativa de nivel superior como un una plataforma destinada a favorecer un orden social mejor y distinto del actual).

En este artículo se intenta aportar algunos elementos a esta discusión a partir de la revisión de las aspiraciones de futuro y el proyecto educativo laboral que construyen los jóvenes estudiantes secundarios en nuestro país. El interés manifiesto de continuar estudios luego del egreso de la enseñanza media, los diferentes modelos de trayectoria educativa que proyectan los jóvenes estudiantes, y el ajuste de expectativas en función a una oferta estratificada, son algunos de los temas relevantes que merecerían una revisión

¹ ICSO UDP, Encuesta Nacional primer semestre de 2013.

² Para una revisión de la IX Encuesta de Actores Educativos del CIDE-Universidad Alberto Hurtado, véase www.cide.cl



Cuaderno de Educación Nº 51, mayo de 2013

para una discusión más informada acerca de los desafíos que implica este proceso de masificación de la matrícula post-secundaria.

¿Por qué es importante considerar esta dimensión? Desde nuestro punto de vista, el tratamiento de este y otros temas relevantes para la reflexión sobre la educación en el país, ha estado mayormente centrado en el énfasis analítico de los marcos institucionales del sistema, minimizando las relaciones de la cultura (significación y comportamiento de los sujetos) y los procesos de escolarización e incremento de la demanda educativa.

Las orientaciones subjetivas, esto es, las aspiraciones, acciones desarrolladas, los proyectos personales y la reelaboración de los mismos a partir de *la experiencia vivida* han sido vistos, en lo grueso, de manera simplista y como un mero reflejo de la estructura de oportunidades del sistema, existiendo vacíos importantes de información, interpretación y orientación de política acerca de lo que motiva y moviliza a los sujetos al demandar educación. Considerar la subjetividad de los jóvenes es, creemos, un componente imprescindible para un debate más profundo sobre los desafíos actuales y futuros del sistema y una perspectiva que permite analizar de un modo más complejo los cambios que nuestra sociedad está experimentando.

Observando las aspiraciones de jóvenes secundarios

Los antecedentes que aquí se revisan fueron recogidos en la primera fase del estudio “Expectativas, proyectos educativo-laborales y trayectorias post-egreso de jóvenes estudiantes secundarios: Un estudio en la Región Metropolitana”, que se realiza con el apoyo de FONDECYT³. El material corresponde a una encuesta aplicada a una muestra de 1888 jóvenes estudiantes de 4º año medio en 69 establecimientos educativos de la Región Metropolitana y se focaliza en recoger las aspiraciones y proyecto de futuro de los jóvenes estudiantes, previo a su egreso de la enseñanza media. En síntesis, los principales aspectos que pueden destacarse son los siguientes:

(a) Preeminencia de la continuidad de estudios y modelo de trayectoria prevista

Una primera constatación, acorde con los antecedentes considerados, es que en los jóvenes secundarios predomina, de manera absoluta, el interés de continuar estudios superiores una vez finalizada su enseñanza media. Sólo un 8% de los encuestados señala su disposición a ingresar al mundo del trabajo de manera inmediata, sin que exista en el horizonte de futuro el interés por continuar estudios post-secundarios. La mitad de los

³realizado en conjunto con la investigadora María José Valdebenito. Este estudio, de carácter longitudinal, tiene como objetivo analizar los modelos de trayectoria educativo/laboral que experimentan los jóvenes una vez egresados de la enseñanza media. La primera fase de levantamiento de información que sirve de sustento a este artículo se realizó durante el año 2011, seguido de dos etapas sucesivas de indagación a la muestra inicial en los años 2012 y 2013.



jóvenes encuestados señala que su proyecto personal considera terminar una carrera universitaria (el 90% de los casos de los estudiantes del nivel socio-económico alto), mientras que un 22% piensa que lo hará en una carrera técnica de nivel superior, siendo predominante el porcentaje de casos que señala esta alternativa en el estrato socio-económico bajo y medio-bajo. No se observan diferencias desde una perspectiva de género en este interés manifiesto, e incluso entre los jóvenes que cursaron su enseñanza media en la modalidad técnico profesional, sólo un 11% señala su intención de no continuar estudios y comenzar a trabajar inmediatamente después de su egreso.

De este modo, la realización de estudios post-secundarios y contar con un título profesional en el futuro, es una aspiración extendida para el conjunto de los estudiantes secundarios de nuestro país, independientemente de su condición socio-económica, tipo de establecimiento y modalidad de estudios cursado.

Pese a lo anterior, las aspiraciones o proyectos de futuro se proyectan en un horizonte temporal diferenciado de acuerdo al nivel socio-económico y la modalidad formativa que cursaron estos estudiantes. En efecto, el porcentaje de casos que señala que al año siguiente de su egreso se dedicará solo a trabajar se eleva al 21% del total de los encuestados y más de un tercio de los jóvenes de nivel socio-económico bajo y medio-bajo considera que su ingreso a un centro de estudios de nivel superior estará supeditado a la posibilidad de financiamiento de los estudios y la combinación de estos con una actividad laboral remunerada.

Mientras que los jóvenes de estratos socio-económicos más altos proyectan una trayectoria de continuidad de estudios superiores luego de su egreso de la enseñanza media, en el caso de los jóvenes pobres existe mayor recurrencia de casos que anuncian una perspectiva de trayectoria no lineal, y la emergencia de mayor incertidumbre en la relación estudio/trabajo.

De este modo, una primera afirmación que puede realizarse es que, aunque los jóvenes estudiantes comparten aspiraciones de continuidad de estudios superiores, en la definición de sus proyectos personales se hacen evidentes las diferencias de tipo socio-económicas en la consecución de sus objetivos, existiendo una perspectiva que evidencia una *brecha temporal* en la consecución de los mismos. La alternativa de alternar trabajo y estudios y la necesidad de resolver los requerimientos financieros para el ingreso a la educación superior constituyen aspectos fuertemente presentes en el discurso de los jóvenes de ingresos medios y bajos.



(b) Autoevaluación de capacidades académicas y percepción de esfuerzo personal en la experiencia escolar

Aunque en términos generales, los estudiantes encuestados tienen una autoevaluación positiva del manejo de competencias fundamentales de la vida escolar, situados frente a una evaluación externa como la PSU, es posible observar un ejercicio de racionalidad objetiva de sus posibilidades en este examen.

En efecto, del total de encuestados, el 75% señaló su disposición a rendir la PSU al finalizar su enseñanza media; de este total, sólo el 10% señaló estar preparado adecuadamente para alcanzar un rendimiento satisfactorio y el 17% creía tener los conocimientos necesarios para cursar una carrera universitaria. La percepción de la preparación para rendir esta prueba de selección tiene un sesgo socio-económico importante. Son los jóvenes de los estratos superiores y, muy particularmente, los del nivel alto, quienes consideran que su preparación es adecuada para hacer frente a este desafío y el futuro desempeño en una carrera de estudios superiores. La percepción de estar adecuadamente preparado para la rendición de la PSU aumenta en un poco más de 20 puntos en este grupo en comparación con los estudiantes de establecimientos de nivel socio-económico bajo.

En concordancia con lo anterior, al consultarse acerca del puntaje que pensaban obtener en este examen de admisión a la educación superior, el 40% de los encuestados manifestó que este sería de 600 o más puntos, existiendo 6 de cada 10 jóvenes que creía que su puntaje sería inferior a los 600 puntos ponderados. Las expectativas de logro académico analizado por el nivel socio-económico de los jóvenes establece una fuerte diferenciación por estratos: mientras que sólo el 13% de los jóvenes del nivel socio-económico bajo tenía expectativas de superar la meta de los 600 puntos (y más de un tercio pronosticaba un puntaje inferior a los 550 puntos), esta alcanzaba al 87% de quienes pertenecían al estrato socio-económico alto.

Junto a la evaluación del grado de preparación existente para hacer frente a estos desafíos del futuro inmediato, también se pidió a los estudiantes que señalaran el grado de esfuerzo que consideraban haber realizado para el cumplimiento de sus objetivos. En correspondencia con lo ya revisado, solo un 12% señaló haber realizado un esfuerzo suficiente para lograr un buen puntaje en la PSU, sin embargo, paradójicamente, el porcentaje se incrementa a casi el 30% cuando la opción remite a *entrar a la carrera que se desea*. El 36% y 33% de los jóvenes de estratos socio-económicos bajo y medio-bajo, respectivamente, señala que ha hecho esfuerzos suficientes para alcanzar ese logro.

Esta diferencia o disociación entre los resultados del examen de la PSU y la percepción de esfuerzo para estudiar lo que se desea, es significativa y podría denotar un ajuste de



expectativas individual en relación a las posibilidades de estudio de un número significativo de jóvenes.

La PSU parece ser vista, por un grupo importante de estudiantes, como una instancia *distinta* a otros ámbitos del desempeño estudiantil; un examen externo y disociado del buen rendimiento escolar o, por lo menos, del tipo de exigencia académica que estos jóvenes han experimentado durante su paso por la enseñanza media. De igual manera, las expectativas de exigencia de ingreso en una futura carrera, para un número considerable de estudiantes, no se condicen con los criterios de logro que estaría midiendo la PSU, cuestión que denotaría una adecuación funcional a ofertas educativas que minimizan exigencias académicas formales.

(c) Elección de estudios superiores: ajuste de proyectos personales en función de la oferta existente

Los estudiantes que manifiestan su disposición a continuar estudios inmediatamente después de egresados de la enseñanza media, en un porcentaje importante, señalan tener claridad sobre sus intereses educativos; más del 60% de los jóvenes manifiesta tener completamente clara su decisión sobre la carrera y el área formativa de su interés, existiendo un ajuste de éstos en función de las posibilidades académicas realmente existentes.

Junto a lo anterior, la opción del centro de estudios donde cursar la enseñanza post-secundaria implica la consideración de un conjunto de factores que pesan en la determinación de los jóvenes y sus familias. La calidad de la formación impartida y el prestigio de la institución, emergen como los criterios más relevantes para la elección del centro de estudios.

El prestigio institucional es un criterio presente de manera mucho más recurrente en los jóvenes de nivel socio-económico medio-alto y alto en comparación con el resto, cuestión que también se observa en la mayor proporción de casos que señalan el interés o disposición de elegir una universidad perteneciente al Consejo de Rectores. A diferencia de lo anterior, el valor de los aranceles de las carreras constituye un factor de peso para un grupo relevante de estudiantes de los sectores socio-económicos medio y bajos, reduciéndose considerablemente su consideración entre los jóvenes de nivel socio-económico superior.

La consideración de factores diferenciados en la elección de una carrera, también se ve corroborada cuando se les plantea a los estudiantes la alternativa de ingreso a la



educación superior por centro de estudios⁴; aunque la mayoría de los encuestados considera que las universidades tradicionales públicas tienen más prestigio que el resto, en la definición de las opciones parecen primar razones diversas como justificativo de la selección final, predominando la posibilidad de ingreso por puntaje alcanzado en PSU, y la accesibilidad al financiamiento de la carrera. Así un tercio de los jóvenes de nivel socio-económico bajo y un poco más del 40% de los que pertenecen al nivel socio-económico medio-bajo, privilegian su ingreso a universidades de tipo no selectiva (esto es, entre otras cosas, menos exigentes en sus criterios de admisión), a diferencia del segmento de los jóvenes de estratos altos que registran sólo un 9% que opta por esta alternativa.

Tratándose de un ejercicio libre de expresión de un deseo o interés (esto es, la especificación de las aspiraciones planteadas por los estudiantes), los datos presentados permiten sostener que en las respuestas se evidencian diferencias de estrategias racionales acorde a la realidad educativa y socio-económica de los sujetos.

Entre los jóvenes de nivel socio-económico bajo y medio bajo, se reconoce las dificultades de lograr buenos resultados en la prueba de selección a la educación superior; a partir de esto, un segmento importante, en sus estrategias personales, manifiesta la apertura a alternativas para el cumplimiento de sus aspiraciones, lo que incluye la elección de centros educativos con menores exigencias en sus requisitos de ingreso y aranceles más bajos, en contraste con los jóvenes de los estratos superiores, que confían lograr buenos resultados en la PSU y tienen altas aspiraciones de estudiar en universidades selectivas y de mayor prestigio. Desde este punto de vista, en relación a su proyecto educativo de futuro, los jóvenes en este nivel de desarrollo de su experiencia formativa (esto es, el último año de su formación de nivel medio) parecen ser menos soñadores, más racionales y con expectativas aunque ambiciosas, fuertemente ajustadas a su propia realidad.

La consecuencia evidente de un escenario como el planteado, sin embargo, radica en el peligro de reproducción de la estratificación asociada con la expansión del sistema de educación superior. De este modo, como algunos estudios ya lo han advertido, el resultado es la concentración de los jóvenes con *menores ventajas* en centros de estudios de bajo nivel académico y débil prestigio institucional. Los esfuerzos asociados al cumplimiento de las aspiraciones, desde este punto de vista, pueden derivar en grandes frustraciones y el quiebre de un sentido común asociado al valor intrínseco de la

⁴ En la encuesta se entregó un listado con alternativas para la selección individual de los estudiantes. La agrupación se realizó a partir de la clasificación de centros de educación superior por su carácter de selectividad que ofrece el estudio de Torres, R. y Zenteno, M.L. (2011) *El sistema de educación superior: Una mirada desde las instituciones y sus características* en Jiménez, M. y Lagos, F. (Ed.), *Nueva geografía de la educación superior y de los estudiantes: Una cartografía del sistema chileno, su actual alumnado y sus principales tendencias* (pp. 13-78) Santiago: Ediciones Universidad San Sebastián.



educación como motor del mejoramiento de las condiciones de vida de las personas y sus familias.

¿Qué hacer con las aspiraciones?

Hemos insistido a lo largo de este artículo que el escenario del crecimiento de la demanda por educación superior está íntimamente vinculado al aumento de las aspiraciones del conjunto de la sociedad, y muy particularmente de los sectores medios y pobres. La confianza en la educación como un mecanismo de superación personal, es un capital evidente y que no debería ser minimizado; representa el fundamento de grandes esfuerzos que en la actualidad realizan miles de familias en perspectivas de favorecer un futuro mejor a sus hijos.

¿Pero qué ocurriría si estas aspiraciones no se cumplen? ¿Si las nuevas generaciones de jóvenes profesionales observan que sus esfuerzos no son recompensados socialmente y sus alternativas laborales no difieren a las que tuvieron sus padres? El no cumplimiento de estas aspiraciones, la reproducción, sin más, de un sistema con fuertes desigualdades, puede tener efectos muy negativos y generar una tendencia a la desafección, minando los soportes de la confianza social.

En este marco parece necesario tomarse en serio las aspiraciones sociales y sus consecuencias en la convivencia colectiva. Como lo plantea el antropólogo de origen indio Arjun Appadurai⁵, la capacidad de *aspirar* ha sido mayormente trabajada desde la ciencia económica, reduciendo su uso al sujeto individual (el actor aspiracional), y reducida a la conformación de deseos, preferencias, elecciones y cálculos centrados, fundamentalmente, en el dominio del mercado.

Appadurai señala que esta perspectiva limita una concepción más amplia del concepto de aspiraciones, el que debe ser abordado como un concepto propiamente cultural, que incluye no solo mundos imaginados por grupos sociales, sino que también normas de acción y un *sentido común* que orienta el quehacer de los sujetos. De este modo, la *cultura de la aspiración* es una “capacidad social de navegación” que provee un mapa de normas a seguir y que orienta la realización de acciones colectivas.

Las aspiraciones se distinguen de las expectativas, que remiten mayormente a los juicios de lo que probablemente ocurra dada la situación actual; las aspiraciones, en cambio, son afirmaciones de voluntad, definiciones de lo deseable y, por lo mismo, un marco de

⁵ Appadurai, A. (2004). *The capacity to aspire: Culture and the terms of recognition*. En Rao, V. y Walton, M. (Eds.), *Culture and Public Action* (pp. 58-84) California: Stanford University Press.



orientación conductual, es decir, lo que se está dispuesto a hacer para que eso ocurra, más allá de las condiciones adversas o las limitaciones estructurales existentes.

Este proceso pasa por el cuestionamiento y transformación de consensos precedentes y la construcción de nuevas formas de consenso que adquieren fuerza en la medida que son apropiadas en el lenguaje colectivo y *ritualizadas* en diversas formas de expresión social.

Posiblemente la lucha por la defensa de la educación pública y el rechazo al lucro impulsada por el movimiento estudiantil desde el año 2011, representa un buen ejemplo de la capacidad de aspirar y la generación de nuevos consensos y términos de reconocimiento en nuestra sociedad. Evidencia la voluntad colectiva de modificar un límite que parecía natural e inmutable, y la convocatoria a construir un marco de relaciones sociales distintas a las que actualmente rigen el sistema de educación superior. Tal perspectiva alienta el esfuerzo de cambio en todos los ámbitos: desde la necesidad de una cultura escolar exigente y que de manera efectiva aporte a la formación de sujetos capaces de construir sus propias experiencias, hasta el cuestionamiento y regulación de la oferta existente, promoviendo un modelo que sea expresión cada vez más cercana a un ideal de justicia social.

La construcción de un nuevo sentido común acerca de la forma de satisfacer las aspiraciones sociales constituye, sin duda, una llave para hacer frente a los problemas de desigualdad y reproducción de las diferencias sociales que nuestra sociedad en general y el actual modelo de educación superior en particular, expresan de manera evidente.